

JUAN PABLO II VINO A VISITARME Y ME DIJO

Nuestros tres pueblos hermanos del Cono Sur han recibido al Papa en sus tierras: y esta común acogida es un nuevo motivo de lazo de unión. Una gracia de fe y esperanza, recibida en cada pueblo con sus características propias. No fue una visita a la "masa" (aunque haya movido multitudes), fue una visita "personal". Así lo hemos sentido. Y he oído decir ya varias veces: "El Papa me habló a mí".

Intentemos penetrar en el pensamiento de Juan Pablo II, abriendo sencillamente sus tres encíclicas —diría— "mayores": *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia* y *Dominum et vivificantem*. Ellas forman una verdadera trilogía trinitaria, ya que son respectivamente una expresión clara y transparente del Hijo, Redentor del hombre, del rostro del Padre, que es todo Misericordia y del Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida¹.

Aquí en estas fuentes bebemos el genuino pensamiento del Santo Padre, su única preocupación: el *HOMBRE* y *DIOS*. El hombre y su Padre, su Redentor, su Aliento de vida. Podríamos decir que todo su afán es llegar a la raíz más profunda del hombre, penetrar su interioridad y desde allí, rescatarlo, ayudarlo a recobrar la semejanza perdida, el orden: en una palabra: ubicarlo frente a su Dios. Y desde ese corazón humano penetrar en la historia del mundo y transformarlo (*Dominum* 67). "Premura dictada por el amor al HOMBRE, a todo lo que es humano" (*Dives* 15).

1. Cf. *Dominum*... 2.

Como telón de fondo de nuestra lectura tengamos presente aquel párrafo magnífico del Papa Pablo VI al clausurar el Concilio Vaticano II, porque es casi su síntesis, y a la vez nos empalma con su sucesor, mostrándonos la continuidad en el pensamiento.

“Se ha celebrado este Concilio en honor de Dios, en el nombre de Cristo, con el ímpetu del Espíritu Santo *que todo lo penetra* y que sigue siendo el alma de la Iglesia, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (Cf. *1 Co 2,10-12*), es decir, dándole la visión profunda y panorámica, al mismo tiempo de la vida y del mundo. La concepción teocéntrica² y teológica del HOMBRE y del universo... se ha erguido con este Concilio en medio de la humanidad:

“Que Dios sí existe, que es real, que es viviente, que es personal, que es providente, que es infinitamente bueno; más aún, no sólo bueno en sí, sino inmensamente bueno para nosotros, nuestro Creador, nuestra Verdad, nuestra felicidad, de tal modo que el esfuerzo de *clavar en El la mirada y el corazón*, que llamamos *contemplación*, viene a ser el *acto más alto y más pleno del espíritu*, el acto que aún hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana”³.

Hagamos el esfuerzo por clavar en El la mirada y el corazón y llegaremos al HOMBRE, al mundo y al cosmos. “Es Cristo Redentor quien revela el hombre al hombre”⁴.

MISTERIO DE DIOS

*“La gracia de N.S. Jesucristo,
el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo,
estén con vosotros”⁵.*

“De estas palabras, con las que frecuentemente se inicia la liturgia Eucarística, han partido, y en ella se han inspirado las precedentes encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*. De esta misma exhortación arranca ahora la presente encíclica sobre el Espíritu Santo, que *procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma ado-*

2. Cf. *Dives...* 1.

3. Pablo VI, 7-XII-65.

4. *Dives...* 1.

5. *Misal Romano*; cf. *2 Co 13,13*.

ración y gloria.

“Esta encíclica sobre el Espíritu Santo arranca de la herencia profunda del Concilio. Los textos conciliares, gracias a su enseñanza, sobre la Iglesia en sí misma y sobre la Iglesia en el mundo, nos animan a penetrar cada vez más en el misterio trinitario de Dios, siguiendo el itinerario evangélico, patristico y litúrgico: *al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo*.

“El objetivo principal de esta encíclica es desarrollar en la Iglesia la conciencia de que en ella el Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo, principio de salvación para todo el mundo”⁶.

Es este Dios Personal, Padre, Hijo y Espíritu Santo⁷ el que creó, ama y sale continuamente al encuentro del Hombre.

“El Dios de la Creación se revela como Dios de la Redención, como Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación. Su amor no retrocede ante nada de lo que en El mismo exige la justicia. Y por esto al Hijo *que no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios*⁸... Lo hizo para revelar el amor que es más grande que todo lo creado, el amor que es El mismo, porque *Dios es amor*⁹. Amor más grande que el pecado, que la debilidad; ...dispuesto siempre a aliviar y perdonar, a ir al encuentro del hijo pródigo... Esta revelación del Amor es definida también *misericordia*¹⁰ y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: Jesucristo”(*Redemptor* 9).

Un año más tarde, este amor misericordioso de Dios, será objeto de toda una encíclica. Leamos en este momento sólo un texto de la misma.

“Descubrir la Misericordia de Dios, es decir, ese amor que es paciente y benigno, a medida del Creador y Padre: el amor al que *Dios Padre de N.S.Jesucristo*¹¹ es fiel, hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la Cruz, Muerte y Resurrección

6. *Dominum*... 2.

7. Cf. *Dominum*... 8 y 9.

8. *2 Co* 5,21; cf. *Ga* 3,13.

9. *1 Jn* 4,8,16.

10. Cf. S. Tomás, *Summa Theol.* III q.16, a.1 ad.3.

11. *Jn* 14,9.

de su Hijo" (*Dives* 13).

Nuevamente nos encontramos de cara a la Sma. Trinidad, pero con el acento puesto ahora en el Espíritu Santo:

"... *El Espíritu Santo que sondea hasta las profundidades de Dios, sondea las profundidades del Padre y del Verbo-Hijo en el misterio de la creación. No sólo es el testigo directo de su mutuo amor, del que deriva la creación, sino que El mismo es este amor. El mismo, como amor, es el eterno don increado*" (*Dominum* 34).

EL HOMBRE

Acerquémonos al hombre, la obra por excelencia de la Trinidad, conducidos por el párrafo que acabamos de dejar:

"Crear quiere decir llamar a la existencia desde la nada; por tanto, crear quiere decir dar la existencia. Y si el mundo visible es creado para el hombre, por consiguiente, el mundo es dado al hombre¹². Y contemporáneamente el mismo hombre recibe como don una especial *imagen y semejanza* de Dios. Esto significa no solamente racionalidad y libertad como propiedades constitutivas de la naturaleza humana, sino además, desde el principio, capacidad de una *relación personal* con Dios, como "yo" y "tú", y por consiguiente capacidad de alianza que tendrá lugar con la comunicación salvífica de Dios al hombre. En el marco de la imagen y semejanza de Dios, el "don del Espíritu" significa finalmente una llamada a la *amistad*, en la que las trascendentales "profundidades de Dios" están abiertas a la participación del hombre" (*Dominum* 34).

"Miremos al hombre, su vocación integral", nos decía el Papa en la Catedral de Montevideo, el 31 de marzo. Es la dignidad del hombre lo que buscamos continuamente esclarecer, resaltar e iluminar desde todos los ángulos.

"Cristo Redentor, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede expresar así— la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad... El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... debe acercarse a Cristo. Debe entrar en El con todo su ser, debe "apropiarse" y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí

12. Cf. *Gn* 1,26 y sig.

mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador si ha “mercedo tener tan gran Redentor”¹³... Profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del Hombre”(Redemptor 10). Eso se llama Evangelio, Buena Nueva, Cristianismo.

“Es en Cristo y por Cristo que el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia” (Redemptor 11)¹⁴.

Pero a lo que apuntamos en estas líneas es a acceder a la interioridad, al corazón, a la conciencia del hombre. Por su interioridad es el hombre superior al universo entero (Gaudium et Spes 14)¹⁵ y es en el secreto del corazón donde Dios nos aguarda, donde nos encontramos a solas con El, o lo rechazamos (Mt 12,33 - 15,19).

“El Concilio en su análisis del mundo contemporáneo, llegaba al punto más importante del mundo visible: el Hombre, bajando —como Cristo— a lo profundo de las conciencias humanas, tocando el misterio interior del hombre, que en el lenguaje bíblico y no bíblico también, se expresa con la palabra corazón. Cristo ha penetrado de modo único e irreplicable en el hombre y en su corazón” (Redemptor 8)¹⁶.

Este camino hacia la interioridad es la obra peculiar del Maestro interior por excelencia, del Espíritu Santo.

“La Iglesia, unida al Espíritu, es consciente más que nadie de la realidad del hombre interior, de lo que en el hombre hay de más profundo y esencial, porque es espiritual e incorruptible... La vida del hombre en Dios, puede desarrollarse y consolidarse solamente bajo su acción... Bajo el influjo del Espíritu Santo madura y se refuerza este hombre interior, esto es, espiritual. Gracias a la comunicación divina, el espíritu humano que conoce los secretos del hombre se encuentra con el Espíritu que todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios (1 Co 2,10)... Por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada (Jn 14,23). En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el área vital del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. El hombre vive en Dios y de Dios: vive “según el Espíritu” y “desde lo espiritual” (Dominum 58).

Al concluir la encíclica, dice el Papa expresamente que desea terminarla en el corazón de la Iglesia y en el corazón del hombre.

13. Misal Romano. Exsultet de la Vig. Pascual.

14. Cf. Redemptor 13 y Dives 6.

15. Cf. Dominum 43 y 47.

16. Gaudium et Spes 22.

“El camino de la Iglesia pasa a través del corazón del hombre, porque está aquí el lugar recóndito del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios oculto, y precisamente aquí el Espíritu Santo se convierte en fuente que salta hasta la vida eterna (*Jn 4,14 - Lumen Gentium 4*)... El Espíritu Santo entra en la historia del mundo a través del corazón humano... La Iglesia pide al Espíritu Santo el gozo y el consuelo que solamente El, verdadero consolador, puede traer abajándose a la intimidad de los corazones humanos” (*Dominum 67*).

Pero el párrafo más rico e ilustrativo sobre la acción del Espíritu en el hombre es quizás el N° 59 de esta misma encíclica. Con él damos un paso más al constatar que esta acción de Dios en el hombre, no lo toca en su sola individualidad sino como miembro de la gran familia humana. Me atrevo a transcribirlo casi por entero.

“La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera se realiza plenamente aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio. Esta verdad íntima del ser humano ha de ser descubierta constantemente a la luz de Cristo que es el prototipo de la relación con Dios y, en él, debe ser descubierta también la razón de la entrega de sí mismo a los demás, como escribe el Concilio Vaticano II; precisamente, en razón de la semejanza divina se demuestra que el hombre es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, en su dignidad de persona, pero abierta a la integración y comunión social”¹⁷... El hombre llega al conocimiento de esta verdad por Jesucristo y la pone en práctica en su vida por obra del Espíritu que el mismo Jesús nos ha dado.

“En este camino, camino de madurez interior que supone el pleno descubrimiento del sentido de la humanidad, Dios se acerca al hombre, penetra cada vez más a fondo en todo el mundo humano... Dios Uno y Trino, transforma el mundo humano desde dentro, desde el interior de los corazones y de las conciencias. De este modo el mundo, partícipe del don divino se hace cada vez más humano, cada vez más profundamente humano, mientras madura en él, a través de los corazones y de las conciencias de los hombres, el Reino en el que Dios será definitivamente todo en todos¹⁸: como don y amor.

“Que bajo la acción del Espíritu se realice en nuestro mundo el proceso de verdadera maduración en la humanidad, en la vida individual

17. *Gaudium et Spes* 24 y 25.

18. Cf. *1 Co* 15,28

y comunitaria por el cual Jesús mismo cuando ruega al Padre que *todos sean uno, como nosotros también somos uno* (Jn 17,21-22) sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y la caridad¹⁹.

“El Espíritu Santo, reforzando en cada uno de nosotros el hombre interior hace que el hombre, cada vez mejor, pueda encontrarse en la entrega sincera de sí mismo a los demás... El hombre viviendo una vida divina, es la gloria de Dios y el Espíritu Santo es el dispensador oculto de esta vida y de esta gloria”.

EL PECADO

Drama interno del hombre: la carne y el espíritu.

“El hombre opone resistencia al Espíritu, a Dios. Esta oposición nace ya en la diversidad radical entre el mundo —visible y material— y Dios, Espíritu invisible y absoluto. Uno, limitación e imperfección, el otro, perfectísimo. Pero esta oposición se vuelve drama y rebelión en el terreno ético, por el *pecado* que toma posesión del *corazón humano*. Es la experiencia de la fuerza de la tensión y lucha que tiene lugar en el hombre entre la apertura a la acción del Espíritu Santo y la oposición a El, a su don salvífico. Por un lado el hombre limitado y pecador²⁰ y por otro, Dios, ofreciendo su DON: la vida divina por el Espíritu Santo” (*Dominum* 55).

“Tensión originaria que, por otra parte, por influencia del padre de la mentira, se dará a lo largo de la historia de la humanidad como una constante presión de rechazo de Dios por parte del hombre, hasta llegar al odio: amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, dice san Agustín” (*Dominum* 38).

¿Cómo descubre el hombre en sí mismo esta realidad del pecado? Leyendo el comentario a la Parábola del Hijo Pródigo, diría, que aguzando la mirada interior²¹: es decir, fijando los ojos en Dios, el Padre Misericordioso, y mirándose a sí mismo en la verdad —también con misericordia—. Pero respondamos leyendo los textos.

“La Parábola nos lleva a comprender el misterio mismo de la Miseri-

19. *Gaudium et Spes* 24.

20. Cf. *Redemptor* 14; *Gaudium et Spes* 10.

21. *Gn* 3,7.

cordia en cuanto drama profundo, entre el Amor del Padre y el pecado del hijo. Cuando éste reflexiona y decide su retorno, en sus palabras se reconoce la conciencia de la dignidad perdida, de la filiación que echó a perder. Por otro lado el Padre es fiel a su paternidad, al amor que desde siempre sentía por su hijo. Se expresa en la prontitud en acogerlo, en la alegría y en la fiesta. El Padre se conmueve, obra a impulsos de un afecto profundo, lleno de generosidad. El Padre sabe que se salvó un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo, (aunque se haya perdido la fortuna). Esta Misericordia —que tiene la forma interior del amor— es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, hacia toda miseria humana, miseria moral o pecado... Así el pecador no se siente humillado, sino hallado de nuevo y revalorizado, resucitado. Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica un bien hallado de nuevo, que en este caso fue la vuelta a la *verdad de sí mismo*.

“La experiencia común de la misericordia (del que la ofrece y del que la recibe) hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y a sus acciones con toda verdad (esta visión es auténtica humildad); en cambio el Padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

“La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla pero profunda, la *realidad de la conversión*. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo, no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas del mal* existentes en el mundo y en el hombre” (*Dives 6*).

“La visión del Padre —visión de Dios mediante la fe— halla precisamente en el encuentro con su misericordia un momento singular de sencillez interior y de verdad, semejante a la que encontramos en la parábola del hijo pródigo. *Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre (Jn 14,9)*. La Iglesia vive de la misericordia en su amplia experiencia de fe y en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en El, en su Vida y Evangelio, en su Cruz y Resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la visión de Cristo, en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia, nos acerca a la “visión” del Padre en la santidad de su Misericordia” (*Dives 19*).

“La conversión a Dios consiste en *descubrir su misericordia*, es decir, ese amor paciente y benigno a la medida del Creador y Padre; amor al

que Dios es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: la muerte y resurrección de su Hijo. La conversión es siempre fruto del "reencuentro de este Padre, rico en misericordia. El auténtico conocimiento de Dios es una constante e inagotable fuente de conversión, no sólo como momentáneo acto interior, sino como disposición estable y estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo ven así, no pueden vivir sino convirtiéndose a El sin cesar" (*Dives* 13).

"Este entrar en sí mismo y convencimiento del pecado, tanto en su realidad originaria, como personal, sólo es posible en el Espíritu Santo y guiados por El. Nadie puede convencer al mundo, al hombre, y a la conciencia humana, del pecado, si no es el Espíritu de la Verdad, el que sondea las profundidades de Dios". Misterio de impiedad (*2 Ts* 2,7) y de la piedad (*1 Tm* 3,16) que entran en la lucha en el ámbito del mundo cósmico y del pequeño mundo interior.

"Sólo el Espíritu Santo puede convencer en lo referente al pecado del principio humano, precisamente El, que es Amor del Padre y del Hijo; El que es Don, mientras el pecado del principio humano consiste en la mentira y en el rechazo del don y del amor" (*Dominum* 35).

"El hombre, imagen de Dios, racional y libre, demuestra la grandeza y la dignidad de su ser, que es persona. Pero es también criatura: dependiente en su esencia y existencia del Creador. Dios le pone un límite y la tentación aparece instigando a transgredir ese límite: *el día en que comieres de él se os abrirán los ojos y seréis como dioses conocedores del bien y del mal.* (*Gn* 3,5). Dios es la fuente primera y suprema para decidir sobre el bien y el mal, mediante la íntima verdad del ser, que es reflejo del Verbo, el eterno Hijo, consustancial al Padre. El Espíritu Santo da al hombre como don la *conciencia* para que la imagen pueda reflejar en ella su modelo, que es sabiduría y ley eterna" (*Dominum* 36).

Y allí se debate y se juega la larga lucha entre el rechazo de Dios: la libertad que se cierra y le da la espalda, o la apertura del que acoge el don que se ofrece.

"Se trata de la admirable economía del amor redentor en Jesucristo: por medio del *misterio de la piedad*, el amor se puede revelar más fuerte que el pecado. Así prevalece el Don... En Dios, el Espíritu-Amor cambia la dimensión del pecado humano, en una nueva dádiva de amor salvífico... El Espíritu Santo actúa en lo íntimo de las conciencias revelando cómo el pecado es vencido por el sacrificio del Cordero de Dios" (*Dominum* 40).

IGLESIA

Veamos brevemente qué lugar, o más bien qué tarea tiene la Iglesia, en este proceso de acercamiento y en este encuentro vivo del hombre con Dios, o de Dios que sale al encuentro del hombre.

Misión de Evangelización.

... “Seamos como aquellos violentos de Dios, que hemos visto tantas veces en la historia de la Iglesia y que descubrimos todavía hoy, para unirnos a la gran misión, es decir:

- revelar a Cristo al mundo,
- ayudar a todo hombre para que se encuentre a sí mismo en El,
- ayudar a las generaciones contemporáneas de nuestros hermanos, pueblos, naciones, humanidad, países en vías de desarrollo y países de la opulencia, a *todos* en definitiva, a conocer las “insondables riquezas de Cristo” (Ef 3,8), porque éstas son para todo hombre y constituyen el bien de cada uno” (Redemptor 11).

“Nos acercamos a todas las culturas, a todas las concepciones ideológicas, a todos los hombres de buena voluntad. Nos aproximamos con aquella estima, respeto y discernimiento que desde los tiempos de los apóstoles, distinguía la actitud *misionera* y del *misionero*... Profunda estima frente a lo que “había en el hombre” (Jn 2,25)... frente a lo que ha obrado el Espíritu que *sopla donde quiere* (Jn 3,8)... Misión no es destrucción sino purificación. La conversión que es obra de la gracia, lleva al hombre a hallarse plenamente a sí mismo”.

“Cristo: el primer evangelizador,

Iglesia: custodia y Maestra de la Verdad que Dios reveló... No obstante todas las debilidades que forman parte de la historia humana, no cesa de seguir a Aquel que dijo: *El Padre busca adoradores en espíritu y en Verdad. Dios es espíritu y los que lo adoran, han de adorarlo en espíritu y en verdad* (Jn 4,23 y sig) (Redemptor 12).

“La Iglesia trata de mirar al hombre con los ojos del mismo Cristo, consciente de ser la custodia de un gran tesoro que no puede estropear, sino que debe crecer continuamente” (Redemptor 18).

“Bajo la acción del Espíritu el hombre, y por medio de él el mundo creado y redimido por Cristo, se acercan a su destino definitivo en Dios. De este acercamiento de los dos polos de la Creación y de la Redención, Dios y el hombre, la Iglesia se convierte en sacramento, o sea, signo e instrumento”. (Dominum 64).

De oración

“La Iglesia, en ningún momento histórico —y especialmente en una época tan crítica como la nuestra— puede olvidar la *oración*, que es un *grito a la misericordia de Dios...* tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia *con poderosos clamores (Hb 5,7)...* grito que condense la verdad sobre la misericordia”, “Imploro la misericordia de Dios en favor de la humanidad por amor al hombre (*Dives 15*).

“La Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento... Persevera en la oración como los apóstoles, junto a María, Madre de Cristo, aguardando en oración, la venida del Espíritu Santo... Y es este mismo el que pronuncia *con la Iglesia y en la Iglesia* el pedido: *Ven Señor Jesús (Dominum 66)*.

EL HOMBRE: CAPAZ DE CONTEMPLAR

Hemos visto — ¡tan brevemente!— como esbozada y delineada esta belleza que es la realidad del HOMBRE, en su vocación divina y humana: creatura pensada y amada por Dios, pecadora sí, pero redimida y llamada a la filiación y a una plenitud de vida en Dios.

Recalquemos ahora, para terminar, sólo un aspecto del hombre: su capacidad de *contemplación*: esa actividad humana más alta y más plena del espíritu, como decía Pablo VI en el texto que citamos al principio. Remontemos muchos años en la vida de Juan Pablo II. Ya el poeta Wojtyła decía: “Yo creo que el mayor sufrimiento le viene al hombre de su falta de visión”.

“Si sufre por falta de visión,
porque no ve claro lo que ver quiere,
debe abrirse paso a través de las señales
hasta encontrar lo que pesa en el fondo como el fruto que madura
en las palabras.
¿Es el peso que sintió Jacob
cuando las estrellas caían sobre él cansadas
como los ojos de sus ovejas?”²².

Notemos la insistencia en la acción de *mirar y ver*; en la realidad de la *luz* y de la *claridad* y en el papel que tiene el *ojo*, como órgano de la *visión* y como símbolo de la mirada interior.

22. “*Poesías*”, Karol Wojtyła, BAC 1982 p. 42-43.

“¿Cómo extraer el pensamiento de su fondo tranquilo y silencioso?
Nuestro pensamiento está ligado a la claridad de las cosas, es fiel
al poder de las cosas corrientes,
y si hasta ahora no todas se nos han revelado todavía,
será que nuestro pensamiento no es aún completo.”

Estas palabras a todos tienen que turbar. Porque
cuando el pensamiento se completa,
es que su objeto se agota
y tiene entonces que apagarse
como un ojo que se duerme.
El ojo impregna de su luz interior la realidad
y la transforma, aunque nunca podrá sacarla
del latido del tiempo humano.

Mas cuando la realidad con todo su peso y desplomándose
se viene hacia mí, desciende
al fondo humano, se llena entonces
mi pensamiento en ese fondo al que raramente llego
y que apenas conozco, aunque bien sé
que no puedo llegar al fondo del fondo,
porque la visión y el Objetivo absoluto
están en el abismo.

Pocas veces hablo de todo esto, pero muchas
pienso en el peso específico del mundo
y en mi propia profundidad” 23.

Con otro ropaje, dice varios años más tarde: “El hombre y su vocación su-
prema se *desvelan* en Cristo, mediante la *Revelación* del misterio del Padre y
de su amor”²⁴. Y, a “Cristo Redentor del mundo, nosotros queremos *mirar*, por-
que sólo en El, Hijo de Dios, hay salvación”²⁵. Y... “la Iglesia *fija su mirada*
en Aquel que es el amor del Padre y del Hijo”²⁶.

“Estos pobres ojos míos, cuando los creabas,
cogiendo en la profundidad el agua con la mano abierta,
en la eterna mirada pensabas,
arrebatado por las aguas enormes,

23. *Poemas*, op. cit. pág. 45

24. *Dives* 1.

25. *Redemptor* 7.

26. *Dominum* 67.

y decías: Me voy a humillar, hermano mío,
me voy a humillar,
no dejaré nunca tus ojos solitarios;
primero me ocultaré en la cruz;
luego con el pan, en el trigo maduro.

Por eso pienso: te has humillado tanto
para no dejarme solo en el universo,
para alejar mis hombros de la cruz
y mis ojos de la angustia”²⁷.

“Entonces —mira hacia tu adentro. Es el amigo,
apenas una chispa y a la vez claridad plena.
Si tu abrazas esta chispa,
ya no podrás ver nada
y no sabrás que quieres y que El también te quiere.
Ni siquiera sentirás que el mismo Amor te envuelve”²⁸

Abadía de Sta. María, Madre de la Iglesia
C.C. 10.740 - Dist. 1
Montevideo - Uruguay

María Susana BOVE, osb

27. *Poesías, op. cit.*, “Canción al sol inagotable”, p. 18.

28. *Poesías, op. cit.*, “Canción sobre el Dios oculto”, p. 9.